

Concluyo: que las humanidades sufren una *capitis diminutio* en la política científica y en las universidades –salvo aquellas que son de «humanidades»–, no es una novedad de la Argentina. Lo novedoso es que se quiera resolver la cuestión con la tecnología, el pensamiento crítico y cosas por el estilo, que no son la llave que abre la deseada cerradura. Mucho menos lo harán esas humanidades por venir, que de las viejas humanidades –renacentistas e iluministas, antropocéntricas– no tienen nada más allá del nombre. Estoy tentado de creer que esa *capitis diminutio* se está haciendo merecida.

Juan Fernando SEGOVIA

Fundación de los Comunes (ed.), *Familia, raza y nación en tiempos de posfascismo*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020, 190 pp.

Editado bajo la licencia no comercial de *Creative Commons*, en la colección *Útiles*, que se define como «un tren en marcha que anima la discusión en el seno de los movimientos sociales», de la editora *Traficantes de Sueños*, que se presenta como «un proyecto, en el sentido estricto de “apuesta”, que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida», la *Fundación de los Comunes*, organización privada que dice ser «un laboratorio de ideas que produce pensamiento crítico desde los movimientos sociales como herramienta de intervención política», esto es, «una red de grupos de investigación, edición, formación, espacios sociales y librerías al servicio de la revolución democrática», enarbolando una bandera que reza «desde el común para el común», nos ofrece este libro sobre el mundo que recibimos después que pasaron los fascismos.

¿Es que ya no hay fascismo(s)? ¿Desaparecieron de golpe, por magia o por el movimiento de la historia? ¿Ha muerto el eterno enemigo? ¿Venció finalmente el comunismo que lo inventó? Veamos que nos explica en su introducción el antropólogo y sociólogo Isidro López Hernández, «Los claroscuros de la crisis permanente y el desfile de los monstruos». El autor nos dice que la discusión acerca del fascismo está agotada, el mundo y España ya no se dividen en «progres» y «fachas», lo que no quiere decir que la extrema derecha haya desaparecido. El problema español hoy es «Tarajal, Lampedusa y los CIEs, o la violencia machista contra mujeres y trans» [sic]. Con otras palabras para que entiendan quienes

no viven en Europa: los inmigrantes –que mueren como lauchas en el agua–, los extranjeros y los centros de internamiento, y todo lo vinculado al género y la degeneración.

Es que hoy –argumenta López Hernández– debería afrontarse el descontento que produce la globalización con su reguero de nueva gobernanza, mercados financieros y otros regalos por el estilo que han hecho renacer un conservadorismo ultra, un Trump, un nacionalismo proteccionista, una nueva derecha populista, que se replican a ambos lados de la mar océano. En síntesis: el nuevo mundo ofrece un campo nuevo de dificultades: las culturales, étnicas y de género. Y para hacerles frente, nada de los viejos partidos que viven de las tetas lecheras del Estado, porque «la clase revolucionaria, la que vencerá al nuevo fascismo y terminará con la dominación financiera, sólo puede ser una alianza de los diferentes para sacudirse el yugo de la dominación y la explotación». Alianza de los diferentes, aunque estos no sean sino más de lo mismo.

Pero el razonamiento es sorprendido por una pregunta: ¿cómo?, el fascismo, ¿no era algo perimido? Se ha perorado sobre el «posfascismo», pero ¿hay un «nuevo fascismo»? Sí, lector. El mundo «post» es un maquillaje del mundo «pre» y del mundo «de», es un mundo de cambio de caretas, porque el enemigo usa ahora de un camuflaje que pareciera desconocido, pero las caras ocultas –y no tanto– son las mismas. Detrás de las caretas están las mismas jetas. Algo de ello nos devela Emmanuel Rodríguez López, historiador y sociólogo, en el capítulo 1: «Fascismo: ¿nuevo, viejo u otra cosa?». Señores, se lo decimos sin tapujos, hay una tercera ola de los fascismos. ¿Y cómo es ella? Se cede la palabra al militante anticapitalista Brais Fernández, que en el capítulo 2 explica que este fascismo hodierno usa un ropaje obrerista y anticapitalista, lo que no debe llamarnos a engaño. Ni mono azul, ni hoz y martillo. La suya no es más que una «contrarrevolución preventiva».

Bien entendido, entonces, el título del libro es un engañabobos, tan engañabobos como este fascismo redivivo que los intelectuales activistas de la Fundación acaban de desenmascarar. Sigamos adelante al encuentro de amigos y enemigos, para recordar la dialéctica schmittiana que impregna el libro.

En el capítulo 3, Steven Forti, historiador, nos descubre: «Objetivo Europa. La nueva estrategia de la extrema derecha 2.0». Su argumento es muy simple: la extrema derecha –ahora sinónimo del no tan arcaico fascismo– es maestra en tácticas (tacticismo, dice el autor) y sabe usar de todas cuando le conviene (maquiavelismo,

dirían otros), porque quiere tomar el poder, expandirse por Europa, y frustrar a los ya frustrados, recurriendo ahora al apoyo de los movimientos provida, *antigender* y anti LGTBI. En «Migración y derechas radicales en Europa», capítulo 4, Samuel Pulido, licenciado en derecho, descubre que los programas políticos de las derechas nacionalistas etnocéntricas (los partidos de derecha radical, ultraderechistas o populistas de derecha) son una réplica *aggiornada* de las técnicas nazis.

Entendido lo anterior, hay que denunciar ahora la «Instrumentalización de la defensa de los derechos de las mujeres y racialización del sexismo», tarea que aborda Marisa Pérez Colina, politóloga y militante, en el capítulo 5. No vale la pena detenerme en su desarrollo, pues el nombre de la colaboración todo lo dice, pero sí hay que subrayar una idea que la autora esgrime: apearse amorosamente a la ideología de género es apoyar el patriarcado y, por propiedad transitiva, odiar al feminismo. El argumento es auténticamente sofisticado, tanto como el que sigue: la TBIfobia [sic] se compadece con una defensa ambigua de los derechos de gays y lesbianas. Sólo una mente retorcida –que padece un traumatismo encéfalo craneano, TBI– puede razonar así; y únicamente otra mente retorcida y traumatizada puede entenderlo. Hubiera sido más sencillo decir que desde la Fundación de los Comunes se quiere radicalizar lo radical para que los radicales tibios sean vomitados por radicalmente radicales.

Y ello queda claro como el agua clara en el trabajito de la periodista, antropóloga y feminista Nuria Alabao, «Defender a la familia contra migrantes y mujeres: convergencias entre antifeminismo y soberanismo», capítulo 6. Y si no bastara, en el capítulo 7, María Fernanda Rodríguez López, licenciada en filosofía y militante, insiste: «“Ideología de género” y estrategias políticas de clase en el auge de los fascismos. El caso de EEUU». El resultado es patente: solamente el feminismo *enragé* defiende sin ideología acomodaticia y conservadora, con perspectiva radicalmente radical, a las mujeres y a ese colectivo de varias letras que coaliga a los que tienen varios sexos pero no son hermafroditas. ¿O ellos también son abarcados por la «I»?

En el anteúltimo capítulo, el 8, Álvaro Briaes, sociólogo y activista, «Crisis del empleo y derechización social: hacia una crítica antifascista del trabajo», parte de razonamiento tan simple como pudiera exponerlo un *simplificateur*: el fascismo usa del trabajo dentro de sus tácticas, de modo que ser obrerista es caer en las trampas

derechizantes. Los argumentos para probar el silogismo son tan traídos de los pelos como los de los capítulos precedentes, pero le sirven a su propuesta: pasar de la crítica antifascista del trabajo a una visión poscapitalista de una sociedad del trabajo; esto es, descentrar el trabajo como actividad principal de la vida por medio de instrumentos tales como el trabajo autónomo, la renta básica universal, la valorización de las actividades por su función social antes que por su remuneración, y pasar del sindicalismo obrero a un sindicalismo social que atienda a todo lo atinente a la reproducción de la vida. Al señor Briales le convendría –es una sugerencia, nada más– releer la *Crítica al Programa de Gotha* de C. Marx para darse cuenta de que su radicalismo es pura verborragia desde que su política se definiría de definitivamente socialista reformista: igualitarista, fiscalista, sindicalista y recetas semejantes ya probadas.

Llegados al final, el capítulo 9 se refiere a «Vox y el dilema de las derechas», de la autoría del historiador Pablo Carmona Pascual, quien a mi juicio da el clavo cuando afirma: «Vox es de hecho algo más parecido a una evolución del PP de los últimos años de Aznar que una versión española del Frente Nacional francés o de la Liga Norte de Salvini». Lo que expone en su artículo es la reconversión del liberal conservadorismo en neoconservadurismo y su reinención en Vox. Lo más interesante –siempre desde el radicalismo izquierdista– que haya leído de ese seudo nacionalista conservadorismo que es Vox.

Para terminar solamente me resta decir que gracias a *Creative Commons* no he pagado ni un peso por este libro, pues de otro modo no lo hubiera leído. Porque hacía tiempo no tenía un texto tan cargado de odios, tan desentendido por el prójimo –reemplazado por esos colectivos abstractos–, tan ideológicamente enroscado, tan ofensivo y tan mediocre en su vulgar –o común– actualidad.

Juan Fernando SEGOVIA

Karina Mariani (comp.), *La guerra por las ideas. El regreso del pensamiento liberal a la batalla cultural*, Buenos Aires, La Derecha Diario, 2021 (e-book), 105 pp.

Un exalumno me envió este libro –no sé si para jugarme una broma– que está editado por un diario que opera en las redes sociales (<https://derechadiario.com.ar/>) pero que no informa quiénes